ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA
PRIMERA CURA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION

Y

VITAL AZA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1880.

15

ADICION AL CATALOGO DE 1.º DE ENERO DE 1880.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde la Galería.
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
3	3	Á gusto de todos—j. o. v.....	1	D. Pedro Gorriz........	Mitad.
»	4	Amor, parentesco y guerra...	1	Sres. Aza y Estremera..	Todo.
3	1	Buena boda—c. o. v..........	1	D. Juan J. Herranz.....	»
3	2	Cada uno en su casa—p. o. v..	1	Juan J. Herranz.....	»
2	2	Cambio de vía—j. o. v........	1	Ramon Marsal......	»
2	3	Dei,nfantería de marina-j. o. p	1	J. Sanchez Albarran	»
12	3	De madrugada—s. o v.......	1	Juan Utrilla.........	»
		De soldado á Brigadier.......	1	José María Anguita..	»
2	2	De tiros largos—j. a. p......	1	Sres. R. Carrion y Aza..	»
2	4	¿Dónde está la levita?-j. o. p..	1	Shez. Castilla y G. de Cádiz......... ..	»
3	2	Dónde está mi hija—j. o. v...	1	D. José Olier.	»
6	2	¡Ecce homo!—p. o. p	1	Manuel Matoses.....	»
2	3	El marido de la viuda-c. a. p.	1	Salvador Lastra.....	»
3	3	El nido de amores—j. o. p. .	1	Roque F. Izaguirre..	»
3	2	El primer indicio............	1	Ramon de Marsal...	»
5	1	El Señor de Taravilla—j. a. p.	1	Camilo Sevielo......	»
7	2	El toro de gracia—s. o. v.....	1	Eduardo Palacio....	»
		En el portal de mi casa......	1	Juan Maestre.......	»
3	3	En la boca del lobo—j. o. p..	1	Ramon Marsal......	»
3	2	Entre dos fuegos—j. o. p.....	1	Eusebio Sierra......	»
1	2	Ganar tiempo—j. o. v........	1	José Estremera.....	»
7	2	Industria moderna...........	1	Antonio Zamora ...	»
		La cuarta plana.	1	R. Romera..........	»
3	1	La de San Quintin—j. o. p. ..	1	José Estremera.....	»
2	2	La señora de P.***—c. o. v...	1	A. Alcon............	Mitad.
3	4	Las cursis burladas—s o. v .	1	Javier de Burgos....	Todo.
8	3	Los dilletanti—j. o. p........	1	Javier de Burgos....	»
		Los Todos santos—s. o. v....	1	Jaxier de Burgos....	»
3	2	Meterse á redentor—j. a. p...	1	Salvador Lastra.....	»
3	2	Mr. Antoine—j. o. p..........	1	Mariano Barranco.,..	»
»	»	No era su mujer.............	1	Mariano Barranco...	»
4	2	Panacea sin igual—j. o. v....	1	J. Manuel Ascandoni.	»
3	2	Por atrevido—j. o. v.........	1	Gerardo Peña......	»
		Que se lo cuento á mi tio....	1	E. Segovia Rocaberti.	»
5	3	Quién seré yo—j. o. p.......	1	E. Shez. Castilla....	»
5	1	Salir de Málaga—j. o. v......	1	Gaspar Marqués....	Mitad.
3	3	Seguir la pista...............	1	J. Escudero........	»
4	2	Seguros contra incendios....	1	Gaspar Marqués	»
3	1	Siempre amigo—j. o. p......	1	A. Alcon............	»
4	2	Sin atadero—j. o. p	1	E. Sanchez Castilla..	Todo.
2	2	Un modelo de suegras-j. o. v.	1	José Olier.	»
3	2	Voz de alerta—c. o. v........	1	Mariano Barranco...	»
3	1	Zapatero á tus zapatos-p. o. v.	1	Ramon Marsal......	»
3	3	El mejor partido—c. o. v....	2	A. Alcon............	Mitad.
4	6	Los cursis—c. o. v...........	2	Juan J. Herranz.....	Todo.
5	4	Plaga doméstica—c. a. p.....	2	D. Salvador Lastra.....	»
		¡Adios, Madrid!..............	3	Sres. R. Carrion y Aza.	»

LA PRIMERA CURA.

LA PRIMERA CURA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION

Y

VITAL AZA.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 18 de Noviembre de 1880.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOLITA	D.ª DOLORES FERNANDEZ.
MERCEDES	CARLOTA LAMADRID.
PACA	BLANCA PASTOR.
ROBERTO	D. EMILIO MARIO.
EL DOCTOR	ELÍAS AGUIRRE.
DON RUFINO	RAMON ROSELL.
MATEO	ENRIQUE MARTINEZ.

Época actual.

Madrid 19 *de Noviembre de* 1880.

Sr. D. Nicolás Noriega.

GIJON.—(Quinta de *La Granja.*)

Querido amigo nuestro: Ha llegado el momento de demostrarle que no le olvidamos.

Cuando tres meses hace escribíamos en Gijon esta comedia, más de una vez interrumpió Vd. nuestro trabajo para llevarnos á las pintorescas orillas del Piles, donde éramos el terror de los peces y el asombro del cachazudo *Mariñan*.

Si nuestra obra hubiera disgustado al público, ante nuestra conciencia, Vd. y sólo Vd. sería el responsable de la derrota: que el autor silbado siempre encuentra álguien á quien echarle la culpa.

Felizmente el público ha recibido con aplauso la comedia. Justo es, que en compensacion de la responsabilidad que á Vd. amenazaba, estampemos su nombre en la primera página como una muestra de nuestro cariño y en recuerdo de aquellas agradables excursiones.

No crea Vd., sin embargo, que nos apropiamos lo que no nos pertenece. Gran parte del éxito se debe á los artistas que han interpretado esta obra, y muy especialmente al Sr. Mário, que dando una prueba más de su privilegiado talento, obtuvo una merecidísima ovacion.

Admita Vd., amigo Noriega, la cariñosa dedicatoria de este juguete y disponga siempre del afecto de sus verdaderos amigos

Miguel y Vital.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante con dos puertas á cada lado. La primera derecha (del actor) figura balcon; la primera izquierda, que tiene mampara, se supone que da al recibimento y las otras dos á las habitaciones más interiores.—Al foro dos librerías y entre ellas, sobre un *bureau*, un armarito con cristales dentro del cual hay frascos, botes, estuches, vendas, etc.—Un busto de Hipócrates y otro de Galeno ó cualquier otro detalle que caracterice la habitacion de un médico.—Mesa de despacho con libros, escribanía, ete.—Sillas, butacas y un veladorcito.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES y PACA, que sostiene una madeja que devana aquella.

MERC. Espera, que se ha hecho un nudo.
Separa un poco las manos.
Así. Qué estambre tan flojo!
Va á decir papá que es malo.
PACA. Pues es de la misma clase
que el azul y el encarnado.
MERC. Ya van ciento dos madejas...
PACA. Y aún nos queda para rato,
porque el señor, por lo visto,

no concluye ni en diez años.

MERC. Pobre papá! Yo le dejo
porque se entretiene tanto!
Haciendo fuentes y arbustos,
estanques, flores y prados,
se pasa las horas muertas
tan contento y tan ufano.
Luégo mi marido dice
que le conviene el trabajo,
porque como para hacerlo
da esos paseos tan largos...

PACA. Sí; pero si viera usted
lo súcio que está su cuarto...
lleno de recortaduras
de papeles y de trapos...
y luégo, como no hay modo
de que me deje arreglarlo...
No quiere que entre yo allí
por Dios y todos los santos,
pero en cambio me marea;
siempre está pidiendo algo.
Paca, vé á la tienda y compra
un metro de carton blanco.
Paca, dame unas tijeras.
Paca, búscame unos clavos.
Paca, dame engrudo. Paca,
quítale á una escoba el mango
y tráelo, que necesito
cañas para hacer un árbol.

MERC. Pobre papá! Qué manía! (Pausa.)
—¡Qué hora es ya?

PACA. Las doce y cuarto.

MERC. Y mi marido no viene!

PACA. Ay! Si no tiene descanso:
como que no hay en Madrid
médico mas ocupado.

MERC. Felizmente no le falta
clientela. Le están llamando
sin cesar, y yo egoista
siento que le aprecien tanto,
pues los enfermos me róban
horas de dicha á su lado.

PACA. Los médicos no debían
casarse.
MERC. ¿Por qué?
PACA. Pues claro.
Mire usted: yo me dejé
un novio veterinario
jóven y elegante y rico,
que ganaba buenos cuartos,
pues curaba á casi todos
los animales del barrio,
porque un dia que me dijo
que iría á verme temprano
no fué hasta el dia siguiente
por visitar á un caballo.
RUFINO. (Dentro.) Paca! Paca!
PACA. El señor viene.
Aquí estoy! Quiere usted algo?

ESCENA II.

DICHOS, D. RUFINO, por la puerta derecha.

RUFINO. Vamos á ver, ¿teneis ya
el estambre devanado?
MERC. Si señor; tómelo usted.
RUFINO. Me parece un poco claro.
Como es para los cipreses...
Servirá para los álamos.
Oye, Paca.
PACA. Mande usted.
(¿No lo dije? Ya empezamos!)
RUFINO. Dile á Mateo que vaya
y que compre en el estanco
de la calle del Clavel
cinco cajas de tabacos.
MERC. Papá, ¿vuelves á fumar?
Si sabes que te hace daño,
que Andrés te lo ha prohibido.
RUFINO. Si yo no busco cigarros:
quiero las cajas vacías.
Son para hacer unos bancos...
Anda, que las traiga pronto.

PACA. Está muy bien: voy volando.
(Váse segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

MERCEDES y D. RUFINO.

RUFINO. No te puedes figurar,
hija, lo que he trabajado!
Me sale admirablemente.
Siguiendo así, ántes de un año
tengo mi obra terminada.
Mira que haber hecho el plano
en relieve y con colores,
sujeto á escala y exacto,
del Retiro todo entero...
Es una obra de romanos...
Y de fijo, si no fuera
por los muchísimos cambios
póliticos que aquí ha habido,
ya estaría terminado.
Pero lo empecé el catorce
de Abril del sesenta y cuatro,
y desde entónces parece
que todo lo enreda el diablo.
Desde los lejanos tiempos
del rey don Felipe cuarto,
puede con razon decirse
que estuvo el Retiro intacto,
pero apenas se me ocurre
dar principio á mi trabajo
cuándo todos los gobiernos
se empeñan en trastornarlo.
Viene la Revolucion,
me quita lo reservado,
cambia calles y paseos
y echa las tapias abajo.
Destroza despues lo más
frondoso del arbolado
para trazar el paseo
de coches y de caballos;
y con esto y la dichosa

exposicion de ganados,
y poner casa de vacas,
y fuentes á cada paso,
y estanque de patinar,
y un kiosko de cuadrumanos,
y qué sé yo cuantas cosas
con que lo han desfigurado,
me han traido á mal traer
siempre poniendo y quitando
y deshaciendo el domingo
todo lo que hice hasta el sábado.
Qué pais! No hay nada estable!
Todo han de modificarlo!
Un dia se les antoja
y hacen del Retiro un barrio!
Así es que temiendo siempre
nuevas reformas y cambios,
en cuanto el Ayuntamiento
celebra sesion, me escamo.

MERC. Papá, viva usted tranquilo,
que hay Retiro para rato.
(Suenan dos golpes de timbre fuera.)
Vamos, aquí está ya Andrés.

ANDRES. (Dentro.) ¿Por dónde andan?

MERC. Aquí estamos.

ESCENA IV.

DICHOS, ANDRÉS, por la primera puerta izquierda.

ANDRES. Mujercita de mi alma,
estréchame entre tus brazos!
—Papá de mi corazon,
¿cómo tan desocupado?

RUFINO. He venido por estambres,
pero me vuelvo á mi cuarto.

ANDRES. Sí, sí, que es preciso dar
fin á ese proyecto magno,
para que pueda usté hacer
despues la Casa de Campo,
La Moncloa, la Florida,
y Carabanchel y el Pardo.

RUFINO. Pues claro está que lo haré
si Dios me conserva sano.
ANDRES. Se morirá usted de viejo
teniéndole yo á mi lado.
RUFINO. Ea! voy á trabajar...
ANDRES. Dios ponga tiento en sus manos.
RUFINO. Voy á hacer la barandilla
del estanque de los patos!
(Váse por la derecha.)

ESCENA V.

ANDRÉS y MERCEDES.

ANDRES. Ay, hija mia, no puedes
figurarte lo rendido
que vengo!
MERC. Pobre marido!
ANDRES. Compadéceme, Mercedes!
Tú no sabes cómo estoy!
Se necesitan pulmones!...
mil trescientos escalones
llevo ya subidos hoy.
Y en vano es que me acobarde,
es preciso resistir:
aún me quedan por subir
otros tantos esta tarde.
Y sabe Dios por la noche!
Tengo coche y lo merezco.
Hija mia, compadezco
á los médicos sin coche!
MERC. Cierto; descansa á mi lado,
que á fe que bien lo mereces.
ANDRES. Ay, sí! (Sentándose junto á ella.)
MERC. Te he dicho mil veces
que trabajas demasiado.
Tu eterno afan no me explico;
ya debías descansar.
¿Á qué tanto trabajar
si has logrado hacerte rico?
¿Ya qué más puedes querer
si tienes fortuna y nombre?

ANDRES. ¿Qué más quiero? Ser un hombre
que cumpla con su deber.
En bien de la humanidad
sufriendo la carga voy:
se han empeñado en que soy
una notabilidad,
y no pudiendo excusarme,
á seguir así me avengo.

MERC. Pues haces mal.

ANDRES. Si no tengo
más remedio que aguantarme!
¿Cómo me niego al que quiere
que vaya asistirle yo
y se empeña en que si no
voy á verle yo se muere?
¿Y á otro que dice: «Á usté acudo!
Doctor, cure á mi mujer!
Usted sólo puede hacer
que yo no me quede viudo?»
Y mil de *ellas* he salvado,
porque *ellos* me lo han pedido...
y sé de más de un marido
á quien luégo le ha pesado.
Pero no puedo evitar
que en mí cifren su esperanza
y tengan tal confianza
en mi modo de curar.
Pagan mi ciencia con creces
honrándome de mil modos,
y eso que yo, como todos,
me equivoco muchas veces.
De algunos dije muy serio
que la vida salvaría,
¡y estaban al otro dia
camino del cementerio!
Y á más de uno y más de dos
á quienes por muertos dí,
¡muy gordos despues los ví
por esas calles de Dios!

MERC. Yo, cliente agradecida,
protesto de tal creencia:
no hables así de tu ciencia,

á la cual debo la vida.

ANDRES. Es cierto que te salvé
y era tu dolencia grave,
pero ¡ay Mercedes! Dios sabe
con cuánto afan la estudié!
Llamado á tu casa fuí,
y al ver aquella enfermita
tan pálida y tan bonita,
fijos los ojos en mí,
yo que era un grave doctor
sólo amante de la ciencia,
sentí la dulce influencia
bienhechora del amor,
y aún temiendo tu desvío,
—que era lo que me inquietaba,—
á cada instante exclamaba:
¡Que no se muera, Dios mio!
Él mi súplica escuchó,
y dándome arrojo y suerte
de las garras de la muerte
por mi mano te salvó.

MERC. Por tí vivo y soy dichosa.

ANDRES. En aquella lucha abierta
tu curacion era cierta,
pero la mia dudosa;
que un caso extraño se daba
al lograr tu mejoría:
la enferma convalecía
y el médico empeoraba;
y muchas veces que fuí
temeroso á visitarte,
en lugar de recetarte
debí recetarme á mí.
Hoy te confieso una falta:
llegué á ser hasta inhumano;
temblaba el dia cercano
de tener que darte el alta.

MERC. Era infundado el temor,
yo sufría al verte triste,
y cuando el alta me diste
en pago te dí mi amor.

ANDRES. Me parece que fué ayer

y va á hacer tres años ya.
MERC. Es que siempre el tiempo va
rápido para el placer,
y ni una nube siquiera
empañó nuestra alegría
desde aquel dichoso dia
en que fuí tu compañera.
ANDRES. Bien haya mi suerte, amen! (Abrazándola.)
(Levantándose.) De un aviso Dios me guarde.
Ya no salgo hasta la tarde.
MERC. Eso me parece bien.
ANDRES. Bastante he corrido ya!
MERC. Sí, que descanses es justo!
ANDRES. Me encuentro aquí tan á gusto!...
Venga el batin.
MERC. (Cogiéndolo.) Aquí está.
ANDRES. Á tu lado todo el dia.
(Quitándose la levita.)
MERC. Ven acá; voy á ayudarte.
(Yendo á ponerle el batin.)

ESCENA IV.

DICHOS, el CRIADO, por la primera puerta de la izquierda.

CLIADO. Se puede?
ANDRES. Pasa.
CRIADO. De parte
del señor marqués de Andía
que vaya usted al momento.
ANDRES. Ves qué desgraciado soy?
(Volviendo á ponerse la levita.)
CRIADO. Qué digo?
ANDRES. Que al punto voy.
(Váse el Criado.)
Hija mia, es un tormento.
Y ese dichoso marqués
me tiene ya mareado.
Es el hombre más pesado!...
me tendrá allí hasta las tres!
Con su jaqueca ya peca

de cargante y posma, y...
cuando me llama, es á mí
á quien me da la jaqueca!

SOLITA. (Dentro.) Deja; no pases recado.

ESCENA VII.

DICHOS, SOLITA, por la primera puerta izquierda.

ANDRES. Es la viuda... tu amiguita.

SOLITA. (Entrando.) Mercedes!... (Abrazándola.)

MERC. Cómo! Solita!
Tú en Madrid!

SOLITA. Hoy he llegado.
Doctor, querido doctor!...
¿No me esperarías, eh?
¡Claro que no!—¿Sabe usté
que me ha vuelto aquel dolor?
—Hija, los nervios es cosa
que me tiene trastornada.
Tomé cien baños y nada:
no puede una ser nerviosa.
Necesito consultar,
que me diga usté qué es esto.
—Pero qué buena te has puesto!
Cuánto tenemos que hablar!
He corrido medio mundo!
Qué fondas!... y qué caminos!...
¿Sabes que somos vecinos?
Vivo arriba, en el segundo,

ANDRES. (Santo Dios!)

MERC. No lo sabía.

SOLITA. Como mi tia está fuera
estoy con las de Antequera
hasta que vuelva mi tia.

ANDRES. (Arménomos de paciencia!)
Gran satisfaccion tenemos.

SOLITA. Así es que ahora nos veremos
con muchísima frecuencia.
Conque usted me dirá cuándo
empezamos la visita.

ANDRES. Perdóneme usted, Solita,

pero me están esperando.
SOLITA. Bien, ya hablaremos despues.
Yo no tengo prisa, espero.
ANDRES. Bien venida.
SOLITA. Adios.
ANDRES. (Prefiero
la jaqueca del marqués!)
(Váse primera puerta izquierda.)

ESCENA VIII.

MERCEDES, SOLITA.

SOLITA. Observo que tu marido
sigue tan atareado.
Buen esposo has encontrado!
Hija, qué suerte has tenido!
MERC. Dices bien!
SOLITA. Ni una rencilla
vuestra dulce union amarga.
Mi visita va á ser larga;
me quitaré la mantilla. (Quitándosela.)
MERC. Trae.
SOLITA. Toma.
No hay más que verte.
La alegría te rebosa.
MERC. Cierto que soy muy dichosa.
SOLITA. No he tenido yo esa suerte.
(Se sientan las dos.)
Siempre la fatalidad
me persiguió aleve y ruda.
Mira que quedarme viuda
en lo mejor de mi edad!...
MERC. Sí que fué un golpe tremendo.
SOLITA. Una pérdida horrorosa!
—Pero hablemos de otra cosa,
que me voy entristeciendo.
MERC. Bien.
SOLITA. Pues hoy mismo he venido
de los baños del Molar.
No te puedes figurar
lo que allí me he divertido!

Hija, yo, todos los años
como estoy bien de intereses,
me paso dos ó tres meses
de casa en casa de baños.
Me gusta la intimidad
que se goza en esas casas;
allí la vida te pasas
en completa libertad.
Es el remedio mejor
que inventaron los doctores:
allí habrá malos humores,
pero siempre hay buen humor.
Medicina de recreo,
bailes, giras y meriendas,
conciertos, juegos de prendas...
Es un contínuo jaleo!
Hay allí mil alicientes!...

MERC. Bien divertida estarás.

SOLITA. Y no sabes ademas
qué nube de pretendientes.
Me hizo el amor en Cestona
—á principios de verano—
un muchacho valenciano,
una excelente persona;
era buena proporcion,
y aunque le dije que sí,
me cansé pronto y me fuí
á los baños de Sobrón.
Allí había un brigadier
con los bigotes muy largos...
que ejerció no sé qué cargos
siendo los suyos poder:
y aunque quería casaca
y era un hombre de talento,
hija, me cansé al momento
y me marché á Carratraca.
Allí se me declaró
un escritor, buen sujeto.
¡Ay! si vieras qué soneto
tan divino me escribió!
El diablo era el tal poeta;
me tuvo muy divertida,

pero me cansé en seguida
y me fuí á Arechavaleta.
Hice víctimas sin cuento,
y en mi rápida escursion
dejé herido un corazon
en cada establecimiento.
Yendo de aquí para allí
cien amantes ví rendidos,
todos muy buenos partidos,
pero como soy así,
—no lo puedo remediar—
me canso pronto y los dejo.
¡Ay! Sólo al de Marmolejo
no lo he podido olvidar!
Ay, aquel...

MERC. Hija, por Dios!
cuánto amor, y cuánto baño!

SOLITA. Pues no son muchos: este año
sólo he estado en veintidos.
Ademas de baños de ola
que tomé en San Sebastian,
estuve en Caldas, Solán,
Fuensanta, Fitero, Alzola,
Arnedillo, Lanjarón,
Escoriaza, Guethary,
Trillo, Betelú, Vichy,
y Bagneres de Luchon.

MERC. Qué manera de correr!
Con vida tan agitada
ya debes estar cansada!

SOLITA. Hija, qué le voy á hacer!
La salud es lo primero.

MERC. Tienes razon.

PACA. (Entrando por la primera izquierda.)
Señorita!

MERC. Qué quieres?

PACA. (Dándole una tarjeta.) Una visita.

MERC. Á ver?

PACA. Es un caballero
que pregunta por usté.

SOLITA. Quién es?

MERC. (Dejando la tarjeta, despues de leerla, sobre la me-

sa de despacho.)

No tengo el honor...
—Que entre. Ven al tocador.
(Váse Paca.)

SOLITA. Bueno, te acompañaré.
(Vánse las dos por la puerta derecha.)

ESCENA IX.

PACA, ROBERTO, por la primera puerta izquierda.

PACA. Pase usté aquí, don Roberto;
la señora saldrá pronto.
ROB. Conque me conoces, eh?
PACA. Pues vaya si le conozco!
ROB. Tú cada vez más bonita.
PACA. Y usted siempre tan buen mozo.
ROB. (Está visto que con todas
tengo un partido asombroso.)
PACA. Siéntese usted.
ROB. Conque tú
sirviendo aquí!—Qué demonio!
PACA. Desde que salí de casa
de las señoras de Orozco
por culpa de usted.
ROB. Silencio!
Habla más bajo ó te ahogo!
PACA. No hay cuidado; la señora
está en su cuarto, allá al fondo.
Pues sí, por culpa de usted
salí!
ROB. Pero tú, supongo,
que saldrías por la puerta,
mientras que yo, ¡qué bochorno!
huyendo de aquel marido
que me buscaba rabioso,
al saltar por la ventana
que da á la calle del Sordo,
me hubiera roto el bautismo
si no caigo tan aplomo
sobre el infeliz sereno
que dormía como un tronco.

PACA. De buena se libró usted!
ROB. No, no me libré del todo.
Has traido á mi memoria
un recuerdo doloroso.
PACA. Le duele á usted todavía?
ROB. Cuando cambia el tiempo, un poco.
PACA. Fué una paliza tremenda!
ROB. Aquel marido era un ogro.
Por fortuna de esa especie
no me he encontrado con otro.
PACA. Pues á mí no me pegó,
pero se puso furioso;
dijo que era yo la causa
de aquel escándalo gordo,
y me echó y estuve cerca
de un año sin acomodo.
ROB. (Levantándose.)
Yo te recompensaré
con creces, que estoy en fondos.
PACA. Ya sé que usted, señorito,
siempre ha sido generoso.
ROB. Gracias. (Haciéndola una caricia.)
PACA. Estése usted quieto!
ROB. Ya empiezas á darte tono?
PACA. Como que voy á casarme.
ROB. Sí? ¿Con quién?
PACA. Pues con mi novio,
uno que está de escribiente
en la Caja de Depósitos.
ROB. (Hojeando un álbum de fotografía que habrá sobre la mesa.)
Haces bien; cásate, chica!
Gran cosa es el matrimonio...
(para los que no se casan,
es decir, para nosotros.)
Y dime: ¿qué fué de aquella
á quien yo le hacía el oso
—que vivía en el segundo—
novia de aquel medio tonto?
PACA. Pues dicen que se casaron
y han ido á vivir á Toro.
Él era de allí.

ROB. Lo creo!
Qué muchacha! Era un asombro!
PACA. Lo que es usted, señorito,
es un tunante de á fólio!
No en balde todas le llaman
á usted Juanito Tenorio.
ROB. Cosas de ellas! (Caracoles!
Qué mujer! Y la conozco!
Sí, sí, yo he visto esta cara,
creo que no me equivoco.
Claro que no. Si es aquella
que iba al Real con las de Tornos,
que á mí me gustaba tanto,
y que tiene aquellos ojos...)
(De pronto á Paca enseñándola el retrato.)
Quién es esta?
PACA. Mi señora.
ROB. Tu señora!
PACA. Á qué ese asombro?
ROB. Qué feliz casualidad!
Soy el hombre más dichoso.
Conque se ha casado?
PACA. Sí.
ROB. Qué gran mujer!
PACA. Poco á poco!
ROB. Por qué lo dices?
PACA. Porque esta
no es la señora de Orozco.
ROB. Sí, ya sé que es la de Perez.
Es lo mismo. Y á propósito:
¿qué tal es él?
PACA. El señor?
Un médico muy famoso.
ROB. Ya lo sé, no digo eso.
PACA. Pues qué dice usted?
ROB. Lo otro.
PACA. Qué?
ROB. Te pregunto qué tal
se lleva este matrimonio.
PACA. Se llevan perfectamente;
siempre están muy cariñosos.
ROB. Y él es tan jóven como ella?

PACA. Cá! no señor!
ROB. Cómo?... cómo?...
Es un viejo?
PACA. Viejo, no:
podrá tener treinta y ocho...
ROB. Y hace vida retirada
sin duda?
PACA. Sale muy poco;
no va á teatros, ni á paseos...
ROB. Ahora me lo explico todo!
Por eso no la veía...
Pero hoy por fortuna logro
hablarla por vez primera!...
PACA. Señorito!...
ROB. Qué?
PACA. Mucho ojo!
ROB. Descuida.
PACA. Ella viene.
ROB. Sí?
PACA. Yo me voy.
ROB. Adios, pimpollo!
No digas que me conoces.
(Hay que andar con piés de plomo!)
(Vásc Paca primera izquierda.)

ESCENA X.

ROBERTO, MERCEDES por la derecha.

MERC. Usted me dispensará,
le hice esperar y lo siento.
ROB. Señora...
MERC. Tome usté asiento.
ROB. Mil gracias. (Sentándose.)
MERC. Usted dirá...
ROB. Pues en Soria este verano
pasé una temporadita
y traigo á usté una visita
de su tio don Mariano.
MERC. Cuánto celebro...¿Y qué tal
está el tio?
ROB. Tan famoso!

Anda un poquillo achacoso,
pero siempre tan jovial.

MERC. Ah! Tiene un genio envidiable.

ROB. Es un señor excelente;
tan fino, tan complaciente,
tan servicial, tan amable...

MERC. Gracias.

ROB. Pues estuve allí
á arreglar ciertos asuntos
y andábamos siempre juntos.

MERC. ¿Y él no vendrá por aquí?

ROB. Mil negocios importantes
no le permiten quizá
salir... (Pues señor, está
mucho más hermosa que ántes!)
Que la viniera á usté á ver,
—me dijo,—y yo no sabía
que era usté, á quien ya tenía
el gusto de conocer.

MERC. Sí? No caigo... Esta fatal
memoria...

ROB. No, si usted no
me conoce: pero yo
la recuerdo á usted del Real.

MERC. Ah! vamos!

ROB. (Es muy bonita!)

MERC. Hará algunos años...

ROB. Sí!
La última vez que la ví
cantaban la *Favorita*.
Estaba usté encantadora!

MERC. Por Dios!

ROB. La alabanza es justa!

MERC. Gracias!

ROB. (Vamos! Que me gusta
muchísimo esta señora!)
(Pequeña pausa.)

MERC. Pues ya que se molestó,
siento que haya usted venido
cuando no está mi marido,
y él lo sentirá.

ROB. (Yo no!)

Y yo, pero ya tendré
ocasion de saludarle.

MERC. Él pasará á visitarle!...,

ROB. No, no lo consentiré,
señora, de ningun modo.
Él tiene quehaceres y...
Ya volveré por aquí.
(Cuando él no esté, sobre todo!)
Estoy muy desocupado
y tendré gusto en volver,
pues deseo conocer
á un doctor tan afamado.
Á un hombre de ciencia tal
que ha conseguido que sea
su justa fama europea,
más aún, universal.

MERC. Universal? No, no tanto.

ROB. Es la verdad lisa y llana.

MERC. Mil gracias.

ROB. (Por la peana
se suele adorar al santo!)
(Pausa. Se atusa los bigotes adoptando una actitud pretenciosa.)

MERC. (Este presume de hermoso!)

ROB. (Qué pie!)—Ustedes no han salido
este año?

MERC. No hemos podido.
Como siempre está mi esposo
ocupado!...

ROB. Lo comprendo.
Pues yo he estado por ahí
porque eso de estarse aquí
todo el verano es tremendo! (Pausa.)

MERC. (Ya se va haciendo cargante
la visita.)

ROB. (Mirándola.) (Es un primor!)

MERC. (De pronto.)
¿Ha visto usted qué calor?

ROB. Sí señora, hace bastante!
(Nada, que de aquí no salgo
sin preparar el camino.
Ahora, así, con cierto tino

yo voy á insinuarme algo.)

ESCENA XII.

DICHOS, SOLITA, por la derecha.

SOLITA. (Ella me agradecerá
que interrumpa la visita.)
ROB. (Gran tacto se necesita
pero...) Señora, quizá
diga usted que yo...
SOLITA. (Presentándose.) Mercedes!
Ay!
MERC. Adelante!
SOLITA. Les dejo!
ROB. (Ella!)
SOLITA. Usté!—El de Marmolejo! (Á Mercedes.)
MERC. Se conocían ustedes?
SOLITA. Mucho!
ROB. Tengo ese placer!...
(De dónde ha salido ahora
esta maldita habladora
á echarlo todo á perder?)
SOLITA. Vaya una casualidad!
No esperaba verle aquí.
ROB. Ayer he llegado.
SOLITA. Sí?
Yo esta mañana: ¿verdad? (Á Mercedes.)
Vivo arriba, y lo primero
que hice en cuanto me arreglé
fué visitar á ésta, que
es la amiga que más quiero.
ROB. Pues celebro haber tenido...
(Á una indicacion de Mercedes se sientan los tres, quedando Solita en medio.)
SOLITA. Y usté ¿á dónde se marchó
desde Marmolejo? Yo
—como había prometido—
esperé á usté en Sacedon,
pero nada! inútilmente;
y aunque había mucha gente

faltaba allí animacion.
Verdad es que usted no estaba,
y es claro, faltando usté!...
Porque este hombre es el gran pie!
(Roberto mira los de Mercedes.)
¡las bromas que él inventaba!
Aunque le ves tan pacato,
tú no sabes... de bañista
es el hombre más bromista,
más chistoso... (y más ingrato!) (Á Roberto.)

ROB. (Esta me va á fastidiar!)

SOLITA. Tenía usted encantada
á la gente; nada, nada,
no lo quiera usted negar.
Y la prueba es que allí había
una bañista inocente
que creyó completamente
todo lo que usted decía.
Y en sus promesas fió,
y al comprender sus engaños
le sentaron mal los baños...
(Y esa bañista era yo.) (Á Roberto.)

ROB. (Me explicaré.) (Á Solita.)

MERC. Es lo corriente;
no le hagas inculpaciones.
En baños sólo hay pasiones
de verano.

ROB. Justamente,
sí, de verano... (Y de invierno.) (Ap. á Solita.
Amor ligero... (Entrañable!) (Id.)
Cierto cariño... (Inmutable!) (Id.)
un amor... de paso... (Eterno!) (Id.)
(Ya la he dejado tranquila.)
Con su permiso me voy... (Levantándose.)
(Nos veremos.) (Ap. á Solita.)
(Aquí estoy
entre Caribdis y Scila!)
Muy grato el tiempo se pasa
al lado de ustedes, pero...

MERC. Ya sabe usted, caballero,
que tiene usté aquí su casa.
(Toca el timbre.)

ROB. Gracias.—Pues tuve el honor
de haber conocido á usté,
mañana mismo vendré
á saludar al doctor.
Adios, Solita!

SOLITA. (Cariñosamente.) (Tunante!)

(Sale Paca por la izquierda.)

MERC. Abre la puerta.

PACA. En seguida.

ROB. (Le daré de despedida
un apreton insinuante.)
Señora!...

(Dando la mano á Mercedes.)

MERC. Ay!

ROB. Hasta mañana!

(Dando la mano á Solita.)

SOLITA. (Creo que ya le atrapé!)

ROB. (Ap. á Mercedes.)
(Es usted un ángel!)

MERC. (Sorprendida.) Eh?

ROB (Id. á Solita.)
(Hermosísima!)

(Ap. á Paca que sostiene la mampara.)
(Barbiana!)

(Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece D. RUFINO sentado y recortando unas estátuas de carton, y á poco sale PACA y más tarde SOLITA.

RUFINO. Nada! con estas tigeras
no puedo recortar bien;
pero no se dónde diablos
puse las otras ayer.
Sin duda fué en el Parterre
en donde me las dejé.

PACA. (Entrando por la segunda izquierda y poniéndose la mantilla.)
Señor.

RUFINO. Qué quieres, Paquita?

PACA. Que vengo á advertirle á usted
que yo me marcho y no vuelvo
hasta la hora de comer.

RUFINO. Bueno, pues que te diviertas.

PACA. Si, que me divertiré.
La señorita me ha dado
permiso: como que hoy es
el bautizo de mi tio!

RUFINO. ¿Qué estás diciendo, mujer?
¿Se bautiza un tio tuyo?
PACA. No señor.
RUFINO. Me figuré...
PACA. Quien se bautiza es un niño
que mi tia parió ayer.
RUFINO. Ah! vamos!
PACA. Hasta la noche.
RUFINO. No tardes.
PACA. No tardaré.
Aquí está doña Solita.
Señorita, pase usted.
(Entra Solita por la primera puerta izquierda con un cestillo de labor y váse Paca.)
SOLITA. Buenas tardes, don Rufino.
RUFINO. Solita!... qué tal? (Levantándose.)
SOLITA. (Haciéndole sentarse.) Muy bien!
Nada: siga usté el trabajo,
no le quiero entretener.
Y Mercedes? Ha salido?
De compras quizás? Y Andrés?
Ya sabrá usted que esta tarde
les acompaño á comer.
RUFINO. No sabía...
SOLITA. Sí señor.
¿Y tampoco sabe usted
que vivo arriba?
RUFINO. Tampoco.
SOLITA. Pues sí señor: desde ayer.
Estoy con las de Antequera.
Mi tia está en Leganés.
RUFINO. Qué! Se ha vuelto loca?
SOLITA. No:
hace unos dias que fué
á estar una temporada
con las de Castillofiel,
que tienen allí un *chateau*,
quiero decir, un *chalet*...
Es una quinta preciosa!
Como su primo el marqués
es hombre que ha visto tanto,
les trajo de Heidelberg

un modelo de jardines
gusto germano-francés.
Vaya, yo con su permiso
voy á trabajar tambien.
(Se sienta al lado de D. Rufino.)
No me gusta estar ociosa
y me he traido el crochet.
Estoy haciendo un tapete
de un modelo que tomé,
tres años hace en Biarritz
del *Journal des demoiselles.*
Es un capricho precioso!
Representa una mujer
que está durmiendo la siesta
á la sombra de un laurel
y un cazador que la mira
arrodillado á sus piés.
En segundo término hay
un caballo y un lebrel,
y en lontananza una torre,
un molino y un ciprés.
Es un trabajo muy lindo!
muy lindo!—¿Decía usted?

RUFINO. No, yo no decía nada.

SOLITA. Y usted qué hace? Á ver, á ver!
Me encanta usted, don Rufino,
por lo laborioso que es!

RUFINO. Gracias.—Pues estoy haciendo
—y hoy mismo la acabaré—
la Calle de las Estátuas.
Llevo ya cortados seis
reyes.—Ay, hija! estos reyes
me traen á mal traer!

SOLITA. Quién es este?
(Cogiendo una de las estátuas que estarán sobre el veladorcito.)

RUFINO. Chindasvinto.

SOLITA. Sabe usted qué está muy bien?

RUFINO. De verás?

SOLITA. Muy parecido.

RUFINO. Qué, le ha conocido usted?
—Canastos con Ataulfo,

lo que me ha dado que hacer! (Levantándose.) (Acabando de recortar uno que tiene en la mano.)

SOLITA. Y hace usted todo el Retiro?

RUFINO. Sí señora.

SOLITA. Todo, eh?

(Levantándose.—D. Rufino va colocando sobre las sillas algunas de las estátuas, y las contempla á cierta distancia entusiasmado.)

Habrá usted puesto el Skating...

RUFINO. Aún no, pero lo pondré.

SOLITA. Ay! para mí qué recuerdos
tiene el Skating aquel!
Todas las mañanas iba
el año setenta y seis
á patinar y me estaba
patinando hasta las diez.
Allí conocí á un muchacho
alto, rubio, muy cortés,
agregado á la embajada
rusa... Usted figúrese
si patinaría el hombre!
Qué vueltas! Qué rápidez!
Hácia atrás! hácia adelante!
Qué manera de correr!
Y dibujaba espirales!...
Y sobre el hielo una vez
escribió con el patin:
«Solita! La adoro á usted!»
Podrán decir que los rusos
son muy frios, pero aquel
hablaba con tal calor,
que parecía más bien
un andaluz de Triana
ó un gitano del Perchel.
Era siempre mi pareja,
y un dia se me fué un pie.
y si no es por él me estrello;
me estrello si no es por él!

(Sentándose sobre una de las estátuas.—D. Rufino, con mucha amabilidad, la hace levantarse. —Repítese el mismo juego en otra silla.)

RUFINO. (Ay, qué mujer! Me marea!)

Yo, con permiso de usted,
voy á mi cuarto á buscar
unos pliegos de papel!

SOLITA. Sí, sí, nada de cumplidos.

RUFINO. Hasta luégo.

SOLITA. Hasta despues!

(Váse D. Rufino por la derecha despues de haber recogido todas las estátuas ménos la de Chindasvinto, que distraidamente dejará sobre una de las sillas.)

ESCENA II.

SOLITA, sola.

Pues señor, ya son las cuatro.
Roberto prometió ayer
venir á ver al doctor,
y si yo al punto acepté
la invitacion de Mercedes
de que viniera á comer,
bien sabe Dios que lo hice
tan sólo por verle á él.
Oigo pasos... ¿Si será?
No, que es el doctor.—Andrés

ESCENA III.

SOLITA, ANDRÉS, entrando por la primera puerta de la izquierda, luégo MATEO.

ANDRES. Solita!

SOLITA. Al fin logré dar
con usted, gracias á Dios!
Necesito consultar.

ANDRES. Solos estamos los dos,
conque puede usté empezar.
Curarla me será grato.

SOLITA. Haré á usté de mi dolencia
un minucioso relato.

ANDRES. (Dios mio! Tendré paciencia!

Hay historia para rato!)
(Se sientan.)
Ninguna duda me cabe
de que se encuentra muy grave
cuando tiene usted tal prisa.

SOLITA. Sí señor, usted no sabe!
No lo tome usted á risa!
Parece que me rebosa
la salud; pues no hay tal cosa!
Siempre padeciendo estoy!
Los nervios!... Soy tan nerviosa!...
Ya sabe usted cómo soy!
Pues bien, como soy así,
tuve un grano este verano
muy cerca del hombro, aquí;
¡ay! lo que yo padecí
con aquel dichoso grano!
El brazo no lo movía;
me invitaban á bailar,
y claro está, no podía!
Se puede usted figurar
lo qué yo me aburriría!
Gracias á que en la reunion
un muchacho muy galante
me daba conversacion;
un chico que es comandante
de no sé qué batallon.
Es andaluz, de Antequera.
Contando cuentos le quita
el mal humor á cualquiera.
Qué gracioso! Si usted viera!...

ANDRES. Al grano, al grano, Solita.

SOLITA. Pues bien; el grano creció;
pero, amigo, una mañana
de ir al campo se trató;
fuimos en una tartana
y la tartana volcó.
Dios mio! qué batacazo!
Pepe Cuenca, ¡pobrecillo!
á poco se rompe un brazo,
y la marquesa del Mazo
se descompuso un tobillo.

Rodriguez se hizo un chichon,
Perez una contusion,
y la esposa de Tobar
quedó en una posicion...
que no me quiero acordar.
Gracias á que fué en un llano;
si es en sitio peligroso,
ni uno sólo queda sano.
Yo llevé un susto horroroso!

ANDRES. Al grano, Solita, al grano.

SOLITA. Pues bien; sobre mí cayó
el niño del brigadier,
y con tal fuerza me dió
que el grano se resolvió
y dejé de padecer.

ANDRES. Mucho el percance lamento
que usted con su gracia abulta;
mas si se curó al momento
¿á qué viene la consulta
si ya no hay padecimiento?

SOLITA. Doctor, ese es un error;
desde aquel vuelco dichoso,
doctor, me encuentro peor.
Ay, qué sistema nervioso!
Yo no estoy buena, doctor.

ANDRES. Pronto estará usted curada;
puede usted vivir tranquila,
porque todo ello no es nada.

SOLITA. Me pongo tan agitada!...

ANDRES. Mucha tila, mucha tila.

SOLITA. Para estos males extraños,
en lugar de la antehistérica
que usted me mandó otros años,
recorrí todos los baños
de la península ibérica.
Probé de todas las sales:
las aguas nitrogenadas,
las salino-sulfatadas,
las sulfurosas termales
y las bicarbonatadas.

ANDRES Qué chaparron mineral!
Ese estómago es de hierro.

Y con tanto manantial,
aún le falta un agua...

SOLITA. Cuál?

ANDRES. La de la fuente del Berro.

SOLITA. Esta usted muy ocurrente.

ANDRES. Gracias. (Y cómo me carga!)

SOLITA. Á ver el pulso!...

ANDRES. (Tomándoselo.) (Corriente!)
Bien!

SOLITA. Y la lengua?

ANDRES. (Muy larga!)
La lengua perfectamente.
El mal está conocido
y es cosa insignificante.

MATEO. (Llamando primera izquierda.)
Se puede entrar?

ANDRES. Adelante!

MATEO. Esta carta que han traido
y que vaya usté al instante.
(La entrega y váse.)

ANDRES. (Lee despues de pedir permiso á Solita.)
»Una persona querida
que en el lecho del dolor
siente escaparse su vida,
le suplica á usted, doctor,
que venga á verla en seguida.
Dios tendrá su rasgo en cuenta
como yo se lo deseo.
Suyo, Francisco Tardienta.
Chamberí, Luchana, ochenta.»
(Indica con la fisonomía que no conoce la firma.)
Vaya! Pues es un paseo!

SOLITA. Se tiene usted que marchar?

ANDRES. Lo siento, pero es preciso.
(Sentándose á la mesa del despacho.)
Mercedes no ha de tardar,
y es tan urgente el aviso
que no me puedo negar.
(Esta visita me evita
sufrir de esta pizpireta
la insoportable visita.)
(Escribiendo.)

Ahí tiene usted la receta.
(Dándosela doblada.)

SOLITA. Mil gracias.

ANDRES. Adios, Solita.
(Váse por la primera izquierda.)

ESCENA IV.

SOLITA.

Nada; todos son iguales:
á estos males
el médico más solícito
ninguna importancia dá.
Es dolencia que se toma
siempre á broma
y cuando uno les pregunta,
dicen: «Ya se curará.»
Dichoso temperamento!
Yo lamento
no ser como esas mujeres
que uno encuentra por ahí,
insensibles de tal modo
para todo
que aunque ocurra lo que ocurra
dicen: ¿Qué se me da á mí?
Veamos esta receta,
pues me inquieta
que nunca encuentre reposo
mi agitado corazon.
Mandará... cualquier jarabe.
Ya se sabe. (Leyendo.)
«Récipe: segundas nupcias.»
Pues tiene mucha razon!

ESCENA V.

DICHA, ROBERTO, que se detiene al entrar por la primera puerta izquierda.

ROB. (Pues señor, me lanzo ahora
que la ocasion se presenta.

Chamberí, Luchana, ochenta.
Lo menos tarda una hora.)
¿Se puede?

SOLITA. Quién? Ah! Roberto!

ROB. (Toma! Pues si era la viuda!)

SOLITA. No esperaba usted sin duda
hallarme aquí?

ROB. Sí por cierto.

SOLITA. Como se sorprende usté!...

ROB. Es que una cara como esa
siempre me causa sorpresa.

SOLITA. Muchas gracias.

ROB. No hay de qué.

SOLITA. Vamos, tome usted asiento.
(Hoy he de verle rendido.) (*Se sientan.*)

ROB. Y Mercedes?

SOLITA. Ha salido,
pero volverá al momento.

ROB. No está!... (Qué fatalidad!)

SOLITA. Lo siente usted?...

ROB. No por Dios!
Así hablaremos los dos
con entera libertad.

SOLITA. Su conducta necesita
una explicacion muy clara.
Míreme usted cara á cara.

ROB. Ya la miro á usted, Solita.

SOLITA. Usted se me declaró
en Marmolejo aquel dia
que fuimos de romería:
no me diga usted que no.
Yo, que inocente creí
todos aquellos extremos,
dije al principio, *veremos*...
y luégo, dije que *sí*:
pero aún sin firme creencia,
en su naciente pasion
me fuí de allí á Sacedon
para probarle en la ausencia.
Usted dijo:—«Escribiré,
si es que no puedo ir allá,»
y desde entónces acá

no he vuelto á saber de usté!

ROB. Pues bien, si no la escribí
y á Sacedon no marché,
fué porque supe que usté
no se acordaba de mí.

SOLITA. Cómo!

ROB. Cuando yo pensaba
en nuestro amor con delicia,
me trajeron la noticia
de que usted coqueteaba...

SOLITA. Qué yo?... (Quién le habrá contado.)
Coquetear, ¡Dios Clemente!
cuando eso es precisamente
lo que nunca me ha gustado!
Yo que soy de las primeras
en sentir amor sincero
y que cuando digo *quiero*
es porque *quiero* de verás.
Yo que al conceder un sí
con él doy todo mi ser!

ROB. No, pues lo que es á querer
no me gana usted á mí.
Y en esta cuestion no cejo...
y aunque en la duda me abismo
hoy la quiero á usted lo mismo,
lo mismo que en Marmolejo.

SOLITA. Es posible!

ROB. Bien se ve!
Sólo á usted mi dicha inmolo;
sólo á usted, Solita, sólo,
tan sólo, Solita, á usté.

SOLITA. Basta: convencida estoy
de que su amor es sincero;
yo tambien á usted le quiero
lo mismo que entónces hoy.
Roberto!...

ROB. (Empieza la charla.)

SOLITA. Hoy ceso ya de sufrir!

ROB. (Y la otra que va á venir...
Si yo pudiera alejarla!)

SOLITA. Ay, qué dias he pasado!

ROB. Nuestra dicha se renueva;

pero ántes quiero una prueba
de que usted no me ha olvidado.
¿Á que no guarda usted?...

SOLITA. Qué?

ROB. Aquella flor que le dí.

SOLITA. Á que sí!

ROB. Á que no?

SOLITA. Á que sí!

ROB. Á que no la trae usté?...

SOLITA. Ahora mismo! Usted verá;
estoy de vuelta en seguida. (Se levantan.)

ROB. Venga la prueba pedida
y así me convencerá.

SOLITA. De su amor en prenda fiel
guardo aquella flor hermosa.
Una rosa!... (Como dudando.)

ROB. Sí, una rosa.

SOLITA. (Dudaba si era un clavel.
(Se dirige puerta primera izquierda.)
Ahora veo la ventaja
de tener de otros amores
una coleccion de flores
marchitas en una caja.)
Hasta luégo.

ROB. Hasta despues.
Aquí impaciente la aguardo.

OL.-ITA. (Qué elegante, qué gallardo,
y qué simpático es!)
(Váse primera izquierda.)

ESCENA VI.

ROBERTO.

Gracias á Dios que se ha ido!
Jesús, que calamidad!
Es una fatalidad
el tener tanto partido.
Todas, todas son así.
¿Tengo yo la culpa? No!
¿Cómo voy á evitar yo
que se enamoren de mí?

Y esta viudita, no hay duda,
sin su charlatanería,
la verdad es, que sería
aceptable; pero es viuda.
Yo amo el fruto prohibido...
el luchar con los deberes!...
Lástima que las mujeres
casadas... tengan marido!
Ahí está lo peligroso!
Porque suele acontecer
que me quiere la mujer
y me divide el esposo.
Pero aquí no pasará;
si ella resiste á mi táctica
tengo suficiente práctica
y al cabo se ablandará.
No hay resistencia posible
cuando decidido voy.
Bien dicen todas, que soy
un jóven *irresistible*.
Por si no hallara momento
de declararme quizá,
traigo preparada ya
la carta de reglamento.
(Sacando una carta que guarda en seguida. Suenan dos golpes de timbre dentro.)
Han llamado! Será? Sí!
Vendrá sola?—Soy dichoso.
Hoy me declaro. Su esposo
aún estará en Chamberí.

ESCENA VII.

ROBERTO, MERCEDES, por la primera izquierda.

ROB. Señora...
MERC. Cómo! Aquí usté!
ROB. Vine á tener el honor
de saludar al doctor;
pero en casa no la hallé
y me decidí á esperar...
MERC. (Extraño la pertinacia

de este hombre!) (Quitándose la mantilla.)

ROB. Es una desgracia
que nunca le pueda hallar.
Ser molesto sentiría...

MERC. No tal: tome usted asiento!
Mi esposo vendrá al momento. (Se sientan.)
(Hay que tener cortesía.) (Con resignacion.)

ROB. Pues ayer mismo escribí
á su tio y le espresaba
lo mucho que celebraba
el haber estado aquí.

MERC. Gracias.

ROB. Y el haber tenido
ocasion de conocerla...

MERC. Mil gracias.

ROB. Y de ofrecerla
mis respetos.

MERC. (Qué cumplido!)
(Abre el cestillo de la labor de Solita y se pone á examinarla detenidamente.)

ROB. Y como él siempre chancero,
dice que me ha de casar
porque debo ya dejar
esta vida de soltero,
le digo que cederé
á su instancia peregrina
si le queda otra sobrina
que se le parezca á usté.

MERC. Conque usted, por lo que veo,
al matrimonio es reacio...

ROB. Hay que pensarlo despacio;
es muy grave...

MERC. Ya lo creo!

ROB. De mi desgracia depende;
no he encontrado una mujer
que me sepa comprender.
(Á ver si ella me comprende.)
Una que con frenesí
mi afecto quiera pagar;
una que sepa apreciar
todo el amor que hay aquí.
Porque yo para querer

no sabe usted lo que soy. (Con pasion.)

MERC. No. (Ni me importa.)

ROB. (Está hoy
mucho mas guapa que ayer!)
Persigo un bien que no alcanzo,
y el alma con fuego adora!
Soy un infeliz, señora!
(Se sonrie: yo me lanzo!)
Si la pasion que le pinto
y que es mi tormento ya...

ESCENA VIII.

DICHOS, D. RUFINO por la derecha.

RUFINO. Mercedes!

ROB. Eh? (Levantándose.)

MERC. Mi papá!

RUFINO. Está por ahí Chindasvinto?

ROB. Cómo?

MERC. No sé. (Presentándole á Roberto.)

RUFINO. Servidor...

MERC. Visita del tio Mariano.

RUFINO. Muy señor mio.—Y mi hermano,
¿cómo está? Bien?

ROB. Sí señor.
(Cuándo otra ocasion tendré?)
(Vuelven á sentarse Roberto y Mercedes.)

RUFINO. (Yo lo dejé por aquí.)
(Buscando siempre.)
Viene usted de Soria?

ROB. Sí.

RUFINO. Buena mantequilla, eh?
Perdone si le incomodo.
(Mirando en la silla donde está sentado Roberto.)
Aquí está, ya le he encontrado.
Hombre, estaba usted sentado...

ROB. Dónde?

RUFINO. Encima de un rey godo.

MERC. Son cosas de mi papá!

RUFINO. Sí señor, son cosas mias:
ando enredado estos dias

con los reyes godos.

ROB. Ah!
(Maldito si le entendí!)

RUFINO. Sentémonos.

ROB. (Me partió!) (*Se sientan los tres.*)

RUFINO. Conque usté es de Soria?

ROB. No.
no señor, yo soy de aquí!

MERC. Con su permiso les dejo. (*Levantándose.*)

ROB. Se va usted!

RUFINO. Te vas, Mercedes?

MERC. Me esperan; soy con ustedes.
(Me carga el de Marmolejo!)
(*Váse por la segunda izquierda.*)

ESCENA IX.

D. RUFINO, ROBERTO.

ROB. (Nada, decididamente
por escrito me declaro,
que una carta expone á ménos
y da mejor resultado.)

RUFINO. Siéntese usted, don...

ROB. (*Sentándose.*) Roberto.

RUFINO. Conque mi señor hermano
sin novedad!

ROB. Tan famoso!

RUFINO. Ya, ya; parece un muchacho!

ROB. (Dónde la pondría yo?)
(*Mirando en torno suyo.*)

RUFINO. Se le ha perdido á usted algo?

ROB. No, no señor...

RUFINO. Seguirá
siempre tan bien conservado!...

ROB. Siempre.

RUFINO. Nadie al vernos juntos
dirá que tiene seis años
más que yo.

ROB. Seis años?

RUFINO. Seis!

ROB. Pues hombre, parece extraño;

porque usted lo más... lo más...
tendrá unos cincuenta y tantos...

RUFINO. Cincuenta y tantos! Ya tengo
sesenta y cinco muy largos.
(Roberto coge el cestillo de la labor y se pone á examinarlo.)

ROB. (Justo, aquí entre labor.)
(Mete la carta en el cestito dejándolo otra vez sobre el velador.)
Pues da usté á cualquiera un chasco.
(Me haré amigo del papá,
que parece campechano,
y así al marido aunque venga
con frecuencia no le escamo.)

RUFINO. Pues yo trabajando siempre.
Ya le habrá dicho Mariano
lo del Retiro?

ROB. El Retiro?
Ya! Que usted se ha retirado...

RUFINO. No; si no soy militar.
Soy civil.

ROB. Sí, sí; ya caigo!
Es usted guardia civil.

RUFINO. Hombre, no: si yo le hablo
del paseo del Retiro
que estoy haciendo en un plano
de relieve y en colores
sujeto á escala y exacto,
que ocupa una superficie
de cinco metros en cuadro.
Con sus calles y paseos...
para eso estoy recortando
estos reyes de carton.

ROB. Pues ahí es nada el trabajo!
Será muy digno de verse!

RUFINO. Llevo en él diez y seis años!

ROB. Hola!

RUFINO. Pero por fortuna
ya está casi terminado.

ROB. Por lo que veo es usted
un artista!

RUFINO. No, no tanto;

pero lo que es para esto
me ha dado Dios unas manos.
No puede usted figurarse
el partido que yo saco
de cualquier cosa.

ROB. Lo creo.

RUFINO. (Cogiéndole á Roberto el baston y el pañuelo del bolsillo.)
Cogo un palito y un trapo,
le doy con pintura verde
y con tres tijeretazos
(Roberto se asusta creyendo que va á cortarle el pañuelo.)
¡zás, zís, zás! ya tiene usted
una acacia que está hablando.

ROB. (Hablar es!) Pues nada, nada,
tendré gusto en admirarlo.
Son obras que me deleitan!

RUFINO. ¿Es usted aficionado?

ROB. Muchísimo!

RUFINO. Pues entónces
le enseñaré mi trabajo.

ROB. Sí señor, y yo tendré
mucho gusto en contemplarlo. (Se levantan.)
Las obras de arte me encantan.

RUFINO. (Es un jóven muy simpático.)

ROB. (Le diré que es un portento
aunque sea un mamarracho.)

ESCENA X.

DICHOS y SOLITA por la primera puerta izquierda.

SOLITA. Ya estoy de vuelta.

RUFINO. Solita!

SOLITA. (Á Roberto.) (Mire usted la flor, ingrato.
Con el calor de mi seno
la infeliz se ha marchitado!)

ROB. (Bueno, pues tírela usted.
Yo le enviaré á usté un ramo.)

SOLITA. (La guardaré eternamente!) (Siguen hablando.)

RUFINO. (Qué estarán estos hablando?

No, pues como él la dé cuerda
ya tenemos para rato!)
ROB. (Basta! Quedo convencido!)
SOLITA. (De veras?)
ROB. (Y entusiasmado!)
RUFINO. Conque, ¿vamos, don Roberto?
ROB. Sí, cuando usted guste, andando.
RUFINO. Voy á enseñarle el Retiro. (*Á Solita.*)
SOLITA. Y Mercedes?
RUFINO. En su cuarto.
SOLITA. Pues voy adentro.
RUFINO. Hasta luégo.
Nada de cumplidos... (*Á Roberto.*) Vamos!
(*Vánse D. Rufino y D. Roberto por la derecha.*)

ESCENA XI.

SOLITA, *sola, contemplando la flor.*

Infeliz! La creyó suya.
Dios me perdone el engaño!
Pobre rosa!
(*Hace ademan de tirarla, pero se detiene.*)
Pero no!
La guardaré por si acaso.
(*Va á guardar la rosa en el cestito y ve la carta.*)
Calle! Qué es esto? Una carta!
De quién podrá ser? Veamos.
(*Mira la firma.*)
De Roberto! No me explico...
Por qué no me habrá indicado
que dejaba aquí?...

ESCENA XII.

DICHA, MERCEDES, *por la segunda izquierda.*

MERC. Solita!
SOLITA. Ah!
MERC. Gracias á Dios que al cabo
doy contigo!

SOLITA. (Sin leer la carta.) (No lo entiendo!)
MERC. Qué es eso?
SOLITA. Que me he encontrado
esta carta en el cestillo
de la labor!
MERC. Es extraño!
Y de quién es?
SOLITA. De Roberto!
Ahora acabamos de hablarnos,
no sé qué podrá decirme.
MERC. Pues míralo.
SOLITA. Sí, leamos.
(Leyendo.) «Yo la adoro á usted, señora,
»y el temor sella mi labio.»
¿Á qué vendrá este temor?
Pues ántes habló bien claro.
MERC. Sigue.
SOLITA. «Que diga la pluma
»todo lo que yo me callo.»
Esto es que quiere casarse;
siempre les cuesta trabajo
el decirlo de palabra...
Pues si él lo quiere, aceptado.
MERC. Harás muy bien.
SOLITA. «En la lumbre
»de sus miradas me abraso,
»y aunque quisiera, no puedo
»resistir á sus encantos.»
—Parece una poesía:
no hay duda que le he inspirado.
«Sirva el amor de disculpa
»á la audacia de este paso.»
Es chocante!
MERC. Sigue, á ver...
SOLITA. «Para el amor no hay obstáculos.
»Sí, bellísima... Mercedes!»
MERC. Cómo? Qué dices!
SOLITA. Dios santo!
Esta carta es para tí!
MERC. Cómo! Para mí?
SOLITA. Está claro!
Lée y te convencerás.

(Coge Mercedes la carta.)
Quién había de esperarlo!
MERC. Es para mí; ya no hay duda.
Qué pensaría ese fátuo!...
(Va á romperla.)
SOLITA. No, no la rompas, por Dios!
MERC. Sí, que esto mancha las manos.
SOLITA. Es el cuerpo del delito (Quitándosela.)
y juro que ha de tragarlo!
MERC. Como yo no sospechaba!...
No en balde me es antipático!
SOLITA. Y yo, inocente, que no
sospechaba sus engaños!
(Se oye dentro la voz de Andrés.)
MERC. Calla! Mi marido!
SOLITA. Sí?
Me alegro! Voy á contárselo.
MERC. No por Dios!

ESCENA XIII.

DICHOS, ANDRÉS, por la primera izquierda.

ANDRES. (Pues señor, bien.
Dé usté un paseo muy largo
y hállese con que no existe
tal enfermo ni tal diablo!)
(Dejando el gaban y el sombrero sobre una silla del foro.)
MERC. (Que no!)
SOLITA. (Que sí!)
MERC. (Te lo ruego!
No demos lugar acaso
á un disgusto!)
ANDRES. Qué sucede?
MERC. Nada!
SOLITA. Mucho! No me callo!
No sabe usted lo que pasa?
ANDRES. No: qué sucede? sepamos!
MERC. No se la dés...
SOLITA. Lea usted,

quédese estupefacto!
(Andrés lee la carta.)

MERC. Yo, Andrés mio, no quería
decirte lo que ha pasado.
Temí disgustarte...

ANDRES. (Leyendo.) Cómo?

MERC. Sólo por eso...

ANDRES. Canario!
¿Conque es para tí esta carta?
Muy bien... Y ahora que reparo...
(Sacando la otra carta del bolsillo.)
Esta letra... Sí, es la misma!

SOLITA y MERC. Qué?

ANDRES. Que esta farsa ha inventado
para sacarme de casa
y dejarle libre el campo!
(Enseñándoles la carta del enfermo.)

SOLITA. Qué bribon! (Despues de verla.)

MERC. Qué villanía!

ANDRES. (Pues ha de costarle caro!)
Y quién es éste... Roberto?

SOLITA. El señorito que trajo
esa visita de Soria.

ANDRES. El de ayer?

MERC. Justo, ese sándio.

ANDRES. Hola! Conque ayer llegó
y hoy ya se te ha declarado!...
Sabe aprovechar el tiempo.
Ya, ya! promete el muchacho!

SOLITA. Pero, hombre, y lo toma usted
así?

ANDRES. Cómo he de tomarlo?
Sé bien lo que esta me quiere...
(Abrazando á Mercedes.)

MERC. Andrés! (Cariñosa.)

ANDRES. Y estoy confiado.

SOLITA. Sí, fíese usted!...

ANDRES. Señora!

SOLITA. No es eso: digo que el caso
no es para que usted se quede...

ANDRES. Cómo?

SOLITA. Así, tan sosegado.

Ay! Qué sangre tiene usted!
ANDRES. Yo sé bien lo que me hago...
MERC. Tienes razon; ni áun merece
la pena de disgustarnos...
No se atreverá á volver!
SOLITA. Como que no se ha marchado!
ANDRES y MERC. No?
SOLITA. Si está con tu papá,
viendo el Retiro en su cuarto.
MERC. Dios mio!
ANDRES. De veras?
SOLITA. Sí.
ANDRES. Mejor, me ahorra el trabajo
de ir á buscarle.
MERC. Qué intentas?
ANDRES. Ya verás.
MERC. (Estoy temblando!)
SOLITA. Doctor, mátemelo usted!
ANDRES. Para qué? No es necesario.
Que viva para escarmiento
de esa cáfila de zánganos
que no respetando nada,
ni áun lo que hay de más sagrado,
piensan que un marido es
una especie de espantajo
del que impunemente pueden
burlarse como los pájaros.
MERC. Un duelo!
ANDRES. Qué tontería!
SOLITA. Lo merece!
ANDRES. Ni pensarlo.
Me batiré con mis armas
y sin dar al mundo escándalo.
SOLITA. Cómo?
ANDRES. Nos divertiremos
á costa del mentecato.
SOLITA. Él sale.
ANDRES. Vengan ustedes.
MERC. Pero...
SOLITA. Qué?
ANDRES. Silencio! Vamos!
(Vánse los tres por la segunda puerta izquierda.)

ROB. (Desde la puerta derecha.)
No, no se moleste usted;
continúe su trabajo.
RUFINO. (Dentro.) Ya sabe dónde me tiene.
ROB. Gracias.—Beso á usted la mano.

ESCENA XIV.

ROBERTO, luégo SOLITA.

ROB. No hay nadie y no está el cestillo
en donde lo puse yo.
Veamos. (Buscando en el cestillo.) Ya la cogió!
La suerte me ayuda.
SOLITA. (Desde la puerta izquierda.) (Ah pillo!)
ROB. Pero no estoy satisfecho
aunque la cosa esté clara
mientras no vea en su cara
el efecto que le ha hecho.
Volveré mañana, sí:
este asunto necesita
calma.
(Se dirije puerta primera izquierda.)
SOLITA. (Saliendo.) Roberto!
ROB. Solita!
SOLITA. Usted todavía aquí!
Jesús! esto es vergonzoso!
¿No sabe usted lo que pasa?
ROB. Qué pasa?
SOLITA. Que hay en la casa
un escándalo espantoso!
Que el doctor há poco ha hallado
una carta que han escrito
á Mercedes!
ROB. (Dios bendito!)
Pero dónde la ha encontrado?
SOLITA. Dice que ella la tenía
oculta entre la labor.
ROB. (La mia!)
SOLITA. Y está el doctor!...
ROB. (No cabe duda; la mia!)
SOLITA. Ya ve usted si el caso es grave!

ROB. Y quién es?

SOLITA. No la he leido.
Pero lo sabe el marido.

ROB. Cómo! El marido lo sabe? (Asustado.)

SOLITA. Lo sabe y quiere buscar
al necio que la escribió.

ROB. Sí? (Pues el necio soy yo!)

SOLITA. Dice que lo va á matar!

ROB. (Caracoles! Yo me largo!)
Con su permiso, Solita.

SOLITA. Ay! No oye usted cómo grita?

ROB. Sí, sí, si ya me hago cargo.

SOLITA. Hará cualquier disparate;
es un hombre muy celoso,
y se ha puesto tan furioso
que temo hasta que la mate.
Por la paz del matrimonio,
Roberto, ayúdeme usté...
Venga á contenerle...

ROB. Qué?
Que le contenga el demonio!

SOLITA. Pues avisaré al papá.

ROB. Está bien; yo no me atrevo.
Comprenda usted que no debo...

SOLITA. Adios! (Me las pagará!)

(Váse por la derecha.)

ANDRES. *Yo sabré buscar al infame! Sólo en sangre pueden lavarse ofensas de esta especie! Señora, no se disculpe usted! Es inútil cuanto me diga! Los dos sufrirán el peso de mi venganza! Esto es inicuo! Y para esto le he dado á usted mi mano! Ya es hora de que se vengue un marido ultrajado! Voy á matar á ese miserable!*

(Óyese á Andrés que grita dentro. Cuide el actor de no gritar tanto que impida oir lo que se dice en escena.)

ROB. Pues señor, yo me conozco;
(Poniéndose el sombrero.)
no quiero dar ocasion
á una segunda edicion
del lance de la de Orozco.
(Va á salir por la primera puerta izquierda, á tiempo que por la misma entra Andrés.)

ESCENA XV.

ROBERTO y ANDRÉS que entra gritando y se sorprende al verle.

ANDRES. Yo sabré encontrarle, sí;
he de matar al villano!
ROB. Ay!
ANDRES. Eh? (Como reparando en él.)
ROB. Beso á usted la mano.
ANDRES. Cómo! Estaba usted aquí!
Al entrar... dispense usté...
Un disgusto... Yo lamento...
Pero tome usted asiento...
(Figurando serenarse.)
ROB. Gracias: estoy bien de pie.
(No sabe quién soy sin duda.)
ANDRES. Ayer su papá me dijo...
ROB. ¿Mi papá?
ANDRES. No es usté el hijo
del marqués de Torreaguda?
ROB. (Ah!) Sí señor! (Me he salvado!)
ANDRES. Ya su papá me explicó
lo que usted padece.
ROB. Yo?
ANDRES. Sí, sí, ya estoy enterado.
ROB. (Me toma por un cliente!) (Muy alegre.)
ANDRES. Pues nada, vamos á ver
lo que es necesario hacer.
(Se sientan y Andrés se acerca á Roberto como reconociéndole los ojos.)
Veré detenidamente.
ROB. (En los ojos está el mal!)
ANDRES. Si; se nota desde aquí!
(Separándose.)
Justo, es el derecho.
ROB. Sí!
(Ó el izquierdo, me es igual!)
ANDRES. Amigo mio, estas cosas
de la vista no parecen
de importancia, y luego ofrecen

cuidado; son peligrosas.
(Reconociéndole de nuevo.)
Vaya! pues la enfermedad
es grave! (Se levanta y va hácia la mesa.)

ROB. Sí?

ANDRES. Si señor!

ROB. (Y dicen que es el doctor
una notabilidad!) (Irónicamente.)

ANDRES. Nada, cuanto más lo veo
lo juzgo mas evidente.
La operacion es urgente!

ROB. La operacion? (Levantándose.)

ANDRES. Ya lo creo!
(Buen susto se va á llevar.)
(Saca de un estuche de cirujía un bisturí.)

ROB. (Aterrado al verlo)
Pues á eso no me decido.

ANDRES. (El imbécil ha creído
que yo le voy á operar!)
No es nada.

ROB. (Vírgen María!)

ANDRES. Vamos. (Deja el bisturí y se acerca á Roberto.)

ROB. (Qué apuro!) Doctor...
(Conteniéndole.)
No será mucho mejor
dejarlo para otro dia?

ANDRES. De ningun modo: urge ya!
(Acercándose. Roberto retrocede asustado.)
Es cobarde con exceso:
bien dice su papá.

ROB. (En eso
no le ha engañado *papá*!)
Doctor! (Suplicante.)

ANDRES. Lo he determinado:
su papá lo manda así,
y usted no sale de aquí
sin que yo le haya operado.
(Le sienta en un sillon y saca del armario un frasquito en cuyo contenido empapa un pañuelo)
(El cloroformo! Y despues
que averigüe que pasó!)

ROB. (Muy asustado.) (Como le digo que no

soy el hijo del marqués?)

ANDRES. Vamos.

ROB. No, no me conformo.

(El doctor se acerca y le aplica á la nariz el pañuelo.)

Eh! Doctor!

ANDRES. Estése quieto!

(El susto ha de ser completo.)

ROB. (Haciendo visajes como si quisiera contener un estornudo.)

Puf! Qué es eso?

ANDRES. Cloroformo!

ROB. Por favor!

ANDRES. Si ya lo ha olido!

Ya no hay remedio!

ROB. (Ay! Qué bruto!)

ANDRES. Ántes de medio minuto

perderá usted el sentido.

(Sigue aplicándole el pañuelo á la nariz, á lo que Roberto quiere resistirse.)

Ahora á operar.

ROB. No!

ANDRES. Más calma!

ROB. Si es que yo...

ANDRES. Separe el brazo.

Sólo es cuestion de un pinchazo.

ROB. Ay, Dios mio... de... mi... alma!

(Desmayándose.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, SOLITA y MERCEDES, que han presenciado la escena anterior desde las puertas.)

ANDRES. Mercedes! Solita! Aquí!

Que la farsa no comprenda.

Á ver, á escape, una venda

ántes de que vuelva en sí.

En el armario...

SOLITA. (Sacándola.) Aquí está.

ANDRES. De esta le escarmentaré.

SOLITA. Deje usted, yo la ataré

y no se desatará.
(Poniéndole la venda muy fuerte sobre el ojo derecho.)

ANDRES. Se llevó un susto y no flojo! (Riendo.)

RUFINO. (Saliendo.)
Qué es eso? Algun golpe?

SOLITA. Quiá!

ANDRES. No se asuste usted, papá,
que no es nada lo del ojo!
(Cuadro.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Es de noche. Sobre la mesa de despacho una lámpara y encima del velador ó del mueble del foro una palmatoria con bujía.

ESCENA PRIMERA.

D. RUFINO y luégo PACA.

RUFINO. Nada, por más que cavilo
yo no me explico este embrollo.
Él estaba bueno y sano
y me lo encuentro de pronto
desmayado en esa silla
con una venda en un ojo.
Les pregunto qué ha ocurrido
y me responden tan sólo
que me calle y que me espere,
y que ya lo sabré todo.
¿Qué es eso?
(Viendo á Paca que sale por la segunda izquierda con una taza de tila.)

PACA. (Saliendo.) Tila y azahar.

RUFINO. Me alegro, que estoy nervioso.

PACA. Si no es para usted!

RUFINO. Que no?

PACA. No señor, es para el otro.

RUFINO. Ya! Para el enfermo!
PACA. Sí.
Y dígame usté, á propósito...
Qué han hecho á ese señorito?
RUFINO. Tú no lo sabes tampoco?
Pues, hija, estamos iguales.
PACA. Yo llegué á casa á las ocho
y lo ví en el gabinete
vendado y con un soponcio.
Volvió en sí, y el señor dijo:
«Se irá usté á su casa pronto;
no se toque usted la venda
y tranquilícese un poco.
No he podido remediarlo...
y luégo despues de todo
el ojo estaba perdido.»
RUFINO. Que estaba perdido el ojo!
Pero señor, si los dos
los tenía tan hermosos!
Anda, anda, lleva la tila,
porque yo me vuelvo loco.
PACA. (Indudablemente aquí
ha pasado algo muy gordo.)
(Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA II.

D. RUFINO, PACA, sin la taza, cruza la escena y váse puerta segunda izquierda. Luégo ANDRÉS por la derecha.

RUFINO. Nada! que no me lo explico
y yo ya estoy no sé cómo!
Ántes quise trabajar
para distraerme un poco
y puse la Fuente Egipcia
en vez del Observatorio.
Andrés sale.
ANDRES. (Dirigiéndose hácia dentro.)
Nada, nada;
tranquilidad y reposo.
RUFINO. Qué tal está?
ANDRES. (Riéndose.) Sigue bien!

RUFINO. Y te ries de ese modo!
Pues, la verdad, me parece
que el lance no es muy chistoso.

ANDRES. (No conviene que este sepa...)
Dice usted bien, lo conozco,
pero ¿qué le voy á hacer?
Estaba algo tembloroso...
se me escapó el bisturí
y le eché á perder un ojo.

RUFINO. Hombre! Qué barbaridad!
Así sois todos vosotros!
Qué médicos! Dios me libre!
Y está el pobrecito solo?
Voy á consolarle!

ANDRES. Bueno.
Dígale usted.—¡Qué demonio!—
que no es el único tuerto
del mundo.

RUFINO. Cállate, monstruo!
(Váse por la derecha.)

ESCENA III.

ANDRÉS.

En mal hora vino á casa
ese Juanito Tenorio.
Á que ya no se propasa?
Dos horas hace que pasa
las penas del purgatorio.

ESCENA IV.

DICHO, SOLITA y MERCEDES, que entran discutiendo por la segunda puerta izquierda.

SOLITA. No digas que es demasiado,
porque todo lo merece. (Á Mercedes.)

ANDRES. Qué es eso?

MERC. Que me parece
muy mal haber prolongado
esa situacion cruel.

ANDRES. Convengo en que es algo dura,
pero más se me figura
la que preparaba él.
MERC. Para castigar al necio
el desprecio es lo mejor.
ANDRES. El desprecio! No señor!
No es suficiente el desprecio!
SOLITA. Eso es lo que yo le digo.
¿Qué ha de bastar? Bueno fuera!
Si de mi cuenta corriera
otro sería el castigo!
Su accion,—no te quepa duda,—
ha sido inícua y menguada.
Pretender á una casada...
y burlarse de una viuda!
Yo ya,—si fuera el doctor,—
le estaba desafiando,
porque si no, ¿para cuándo
quedan los lances de honor?
MERC. No! por Dios!
ANDRES. Qué tontería!
No estoy por duelos, señora!
En todo duelo se llora
y prefiero la alegría.
Nada! No salgo de aquí!
Nadie mi opinion me quita.
Yo no manejo, Solita,
más arma que el bisturí.
El duelo será un artículo
de necesidad, lo creo;
mas para esto yo no veo
un arma como el ridículo.
Un duelo importancia da!
Mejor táctica es la mía;
el duelo lo contaría,
esto no lo contará.
MERC. Dices bien.
SOLITA. Vaya, no estamos
de acuerdo en eso, Mercedes.
ANDRES. Él sale. Váyanse ustedes.
MERC. Sí; no quiero verle!
(Váse por la izquierda.)

SOLITA. (Id.) Vamos!

ESCENA V.

ANDRÉS, D. RUFINO, y del brazo de éste ROBERTO con la venda puesta, pálido y mústio.

ROB. (Si lo habrá sabido ya?)
RUFINO. (Por qué no querrá este hombre
que le llame por su nombre?)
ANDRES. Vamos, venga usted acá!
Desdichada operacion!
La primera que equivoco.
Le duele á usted mucho?
ROB. Un poco.
ANDRES. (Lo que puede la aprension!)
ROB. Yo me quisiera marchar,
doctor; en casa podría...
ANDRES. No es prudente todavía,
y ántes tenemos que hablar.
ROB. Bueno, bien, como usted quiera.
ANDRES. Vamos, tome usted asiento.
(Le sientan en la butaca sobre la que estará la canastilla de la labor de Mercedes. Roberto dá un salto como si sintiera un pinchazo.—D. Rufino quita la canastilla.)
Soy con usted al momento.
ROB. (Cuándo me veré yo fuera!)
ANDRES. Tome usted.
(Ap. á D. Rufino dándole una carta.)
RUFINO. ¿Qué es eso?
ANDRES. (Nada;
una carta para mí.
Guárdesela usted.
RUFINO. Yo?
ANDRES. Sí.
RUFINO. Hombre, si aún está cerrada.
ANDRES. Es que la debo leer
más tarde.
RUFINO. Pues no lo entiendo.
ANDRES. Me la dará usted diciendo
que la acaban de traer.

RUFINO. Bueno, pero has de avisar...
ANDRES. Yo le diré cuándo, sí.
A nde usted.)
RUFINO. (Qué pasa aquí
que no me puedo explicar?)
(Váse por la primera izquierda.)

ESCENA VI.

ANDRÉS y ROBERTO. Cierra Andrés las puertas de la izquierda.

ANDRES. Ya estamos solos los dos.
(Con gravedad y sentándose á su lado.)
Tanta precaucion no extrañe,
que lo que al honor atañe
exige reserva.
ROB. (Ay Dios!)
ANDRES. Á ser tiene usted derecho
de mi honda pena testigo:
y en prueba de lo que digo,
voy á abrirle á usted... (Roberto se asusta.)
mi pecho!
ROB. (Ah!)
ANDRES. La cuestion es muy grave
y el término problemático;
pero me es usted simpático. (Con afabilidad.)
ROB. (Ay! Respiro! No lo sabe!)
ANDRES. Y debo una explicacion
franca, sincera y leal,
de mi estado excepcional
al hacer la operacion.
Me resultó desgraciada
y de lamentar no dejo...
ROB. No, no, si yo no me quejo!
Ya ve usted, no he dicho nada!
ANDRES. Sin embargo, es mi deber.
Estaba fuera de mí...
y se me fué el bisturí!
ROB. Pues qué le vamos á hacer!
ANDRES. No quiero pensarlo más!
ROB. Dice usted muy bien! Ni yo!

ANDRES. Es usted casado?
(Dando intencion á la pregunta.)
ROB. No!
ANDRES. No se case usted jamás!
Ni aun confiando en su estrella!
No basta encontrar esposa
honrada, amante y virtuosa
para ser feliz con ella.
Que aunque se llegue á lograr
ventura, paz y reposo,
nunca falta un envidioso
de la dicha del hogar,
que para aumentar la lista
de tanta infamia intentada,
en la mujer más honrada
ve segura otra conquista.
Y necio, al par que atrevido,
y seguro de vencer,
asediando á la mujer
pisa el honor del marido;
ente despreciable y vil
cuyo exterminio comprendo!
ROB. (Pues señor, me está poniendo
como hoja de perejil!)
ANDRES. La bilis tengo alterada!
—Usted dirá, por supuesto,
que á qué viene todo esto?
ROB. No señor, no digo nada.
ANDRES. Pues bien, oiga usted la historia,
y en su reserva confío.
Mi señora tiene un tio.
ROB. Sí?
ANDRES. Sí, tiene un tio en Soria.
Un jóven nos trajo ayer
visita suya; hoy ha vuelto
y ha pretendido, resuelto,
conquistar á mi mujer.
Y si se hubiera lanzado
de palabra el pobrecito...
¡pero lo ha hecho por escrito
y yo la carta he encontrado!
Me irritó tal villanía!

Llegó usted cuando acababa
de descubrirla, y estaba...
juzgue usted cómo estaría!
Y aquí tiene usted la historia
del por qué me hallaba así!

ROB. (Y me está contando á mí
lo que me sé de memoria!)

ANDRES. Pero aunque la ira me abrasa,
ya el no hallarle no me inquieta,
pues tengo aquí una tarjeta
con las señas de su casa;
y le juro á fé de Andrés
que de mí se acordará.
Le conoce usté quizá? (Dándole la tarjeta.)

ROB. No señor, no sé quién es.
(Va á guardar la tarjeta cuando el doctor se la coge.)
Ah!

ANDRES. Y ahora pienso ir
á castigar su cinismo. (Se levantan.)

ROB. Calma, doctor.

ANDRES. Ahora mismo!
Si lo voy á dividir!
Ya estoy preparado.

ROB. (Aterrado.) Eh?

ANDRES. Calma, volveré al momento.

ROB. No, doctor, no lo consiento,
no se comprometa usté.

ANDRES. No se inquiete usted por mí,
yo sabré ponerle á raya.

ROB. (Despues de todo, que vaya!
No me ha de encontrar allí!)

ANDRES. Cuando yo en cólera monto!...

ROB. Sí, señor, sí, me hago cargo!
(En cuanto salga me largo.)

ANDRES. Estaré de vuelta pronto.
No paga el tal don Roberto
el disgusto que me dió.
Ser él causa de que yo
le haya dejado á usted tuerto!

ROB. Pero hombre, no habrá manera
de que no me quede así?

ANDRES. Lo dificulto; por mí...
ya ve usted, yo bien quisiera.
ROB. Ay!
ANDRES. Quedará ménos mal;
yo por mi cuenta lo tomo,
y quizá se arregle...
ROB. Cómo?
ANDRES. Con un ojo de cristal.
(Váse por la primera izquierda.)

ESCENA VII.

ROBERTO.

Tuerto! Pues me he divertido!
y que siempre á mí me pase
algo por ser atrevido!
Es claro, si no he nacido
para líos de esta clase.
(Yendo á la puerta primera izquierda que ha dejado cerrada el doctor.)
No espero aquí el resultado.
Ay Dios mio! Esto es más grave!
No hay duda, estoy encerrado.
Iba tan preocupado
que echó por fuera la llave!
Si yo pudiera saltar...
Suceda lo que suceda!...
(Acercándose al balcon y midiendo la altura con la vista.)
Qué! Si me voy á estrellar!
Pues señor, bien; no me queda
más remedio que esperar.
El tal viaje á Soria ha sido
causa de lo sucedido;
esta visita maldita!
¿Por qué se me habrá ocurrido
el hacer esta visita?
¿Por qué me atrae el amor?
¿por qué siempre se me escapa
lo que preparo mejor?
Y por qué será tan guapa

la señora del doctor?
Muy guapa! Feliz sería
si su voz encantadora...
Pero señor, qué manía!
Pues no pienso todavía
en que es guapa esa señora!
Desde hoy me he de dominar.
Sí; yo prometo la enmienda
si de esta logro salvar.
Y bonito voy á estar
cuando me quite la venda!
Aunque siga siendo amable
y simpático y gentil,
cuando á alguna jóven hable
sólo estaré presentable
poniéndome de perfil!
Ya no lograré jamás
lo que logré tiempo atrás;
pues por mucha luz que irradie,
¡ya no conquistaré á nadie
con un ojo nada más!

ESCENA VIII.

DICHO, SOLITA, que abre la segunda puerta izquierda y entra sigilosamente hasta colocarse detrás de Roberto.

SOLITA. Roberto!
ROB. (Gran Dios! Solita!
Sólo me faltaba esto!)
SOLITA. Qué tal? Cómo sigue usted?
Ya me han contado el suceso.
Qué desgracia tan sensible!
Qué descuido tan tremendo!
Qué falta de prevision!
Pero Dios mio, qué médicos!
¿Tiene usted muchos dolores?
Habrá punzadas; ¿no es eso?
Pobrecito! Ha sido un caso
atroz, horrible, funesto!
No puede usted figurarse

cómo me quedé al saberlo!

ROB. (Esta ignora lo más gordo.
Pues señor, del mal el ménos.)

SOLITA. Pero qué tenía usted?
porque lo que es por su aspecto
no se conocía nada!

ROB. Claro!

SOLITA. Unos ojos tan buenos,
tan rasgados, tan brillantes,
tan expresivos, tan negros!...

ROB. Gracias.

SOLITA. Ay Roberto!

ROB. No!
no me llame usted Roberto!

SOLITA. Que no le llame? Y por qué?

ROB. Ya se lo diré á su tiempo...
Vaya, me voy.

SOLITA. Se va usted?

ROB. Me voy á tomar el fresco.

SOLITA. No, de ninguna manera; (Conteniéndole.)
puede empeorar con eso;
el doctor lo ha prohibido...
y yo no se lo consiento.

ROB. (Pues señor, bien!)

SOLITA. ¿Se va usted
por ventura suponiendo
que despues de esa desgracia
he de quererle yo ménos?
No señor, muy al contrario...
Hoy doblemente le quiero.

ROB. Gracias.

SOLITA. Pensaba algun dia
de mi amor en los ensueños
feliz mirarme en sus ojos,
mas ya que en los dos no puedo,
le expresaré mi cariño
mirándome en el izquierdo.
Sí, Roberto!

ROB. Por favor!
no me nombre, se lo ruego!

SOLITA. Es verdad, me he distraido,
dispénseme usted, Roberto.

ROB. Señora!
SOLITA. Con esa falta,
que yo como usted lamento,
tal vez las demas mujeres
le encontrarán á usted feo.
ROB. Cree usted?...
SOLITA. Claro que sí.
Pero ¿y qué? Si yo le encuentro
más simpático que nunca?
La venda le da un aspecto
de dulce melancolía,
de interesante misterio!
Y ademas, eso qué importa?
¿No pintan al amor ciego?
Pues más cerca de Cupido
está usted desde que es tuerto.
ROB. Señora!
SOLITA. Se ofende usted!
ROB. No señora, no me ofendo;
pero no es esta ocasion
oportuna de floreos.
SOLITA. Ay! Tranquilícese usted!
Cómo ha cambiado su genio!
Eso es que está usted nervioso!
ROB. Muy nervioso! Ya lo creo!
SOLITA. Nada, pues calma, por Dios!
que las cuestiones de nervios
las conozco bien y nadie
como yo sabe el remedio.
Tila, tila, mucha tila!
Voy por una taza y vuelvo.
(Váse segunda izquierda.)

ESCENA IX.

ROBERTO.

Qué calamidad! Dios mio!
Qué mujer! es un mareo!
Para escuchar tonterías
estoy yo en estos momentos!

ESCENA X.

DICHO, PACA, por la segunda izquierda.

PACA. Señorito! (Con misterio.)
ROB. Paca!
PACA. Estoy
completamente atontada!
Qué es esto que no sé nada?
Qué ha sucedido aquí hoy?
ROB. Ay Paca! Que me han partido!
PACA. Que le han partido? Es de veras?
ROB. Ay Paca! si tú supieras
todo lo que ha sucedido!
Las observaciones tuyas
no sirvieron de provecho.
PACA. Ay, señorito! usté ha hecho
aquí alguna de las suyas!
ROB. Ay Paca!
PACA. En todo este asunto
de fijo anda la señora:
no me lo niegue usté ahora
porque ya me lo barrunto.
ROB. Celebro que lo barruntes;
tú la consecuencia saca;
no me lo preguntes, Paca;
Paca, no me lo preguntes.
Y cuando estoy de este modo
acaso tranquila duerme!
Ni siquiera ha entrado á verme
cuando es la causa de todo.
Su esposo en su obcecacion
á poco me deja ciego;
sólo me falta que luégo
me cobre la operacion.
PACA. Él en eso no repara,
es muy desinteresado.
ROB. Sí? Pues á mí me ha costado...
PACA. Cuánto?
ROB. Un ojo de la cara.
Como siempre por mi arrojo

todo esto me sucedió...

PACA. No en balde le dije yo
que tuviera usté mucho ojo!
Si hiciera caso de mí...

ROB. Desde hoy te he de obedecer.
Dí, ¿no podrías hacer
que yo saliera de aquí?

PACA. Yo? No señor!

ROB. Hay alguna
dificultad? Pues qué pasa?

PACA. Ya he salido de otra casa
por usted; basta con una.

ROB. Mi vida en tu mano tienes!

PACA. No puede ser.

ROB. Por favor!

(Suena la llave de la cerradura.)

PACA. Silencio! Ahí viene el señor.
No me meta usté en belenes!

(Váse rápidamente por la segunda izquierda.)

ESCENA XI.

ROBERTO y ANDRÉS, luégo D. RUFINO.

ANDRES. Fué inútil el molestarme!
No he encontrado en casa al tal
mequetrefe!

ROB. (Es natural;
¿cómo había de encontrarme?)

ANDRES. Y, la verdad, no lo siento,
pues si con él llego á dar!...
Como no sé dominar
este carácter violento...
Mas ya me tranquilicé
y desprecio al desdichado.

ROB. Sí señor, muy bien pensado;
nada, despréciele usté.

(El doctor hace señas á D. Rufino para que entre.)

RUFINO. (Que entre? Me dice que sí,
cumpliré mi cometido.)
Esta carta que han traido

ahora mismo para tí.
ANDRES. Con permiso. (Á Roberto.—Abre la carta.)
RUFINO. (Qué será?
Al cabo me enteraré.)
ANDRES. Si es de su papá de usté!
ROB. (Me mató!)
RUFINO. (De su papá?)
ANDRES. «Queridísimo doctor:
Hoy de su amistad exijo
que venga á ver á mi hijo,
porque está mucho peor.»
RUFINO. (Eh?)
ROB. (Ay! No sé qué me pasa!)
ANDRES. «No le es posible salir
y tiene usted que venir
á reconocerle á casa.»
Qué es esto?
ROB. Nada, que no...
Cómo me estabá doliendo...
Diré á usted...
ANDRES. Pero no entiendo...
RUFINO. (Quien no lo entiende soy yo!)
ROB. (Vamos, ya encontré manera!)
Pues sí, me agravé y papá
al verme así... claro está...
no quería que saliera...
(Ya salí!) Pero el dolor
conocí que iba en aumento
y dije: «en este momento
me voy á ver al doctor...»
y por no alarmarle...
ANDRES. Ya!
ROB. Sin decir nada, salí...
y por eso estoy aquí
sin que lo sepa papá.
ANDRES. Vamos, usted ha querido
evitarle la impresion
triste de una operacion.
ROB. Sí señor, por eso ha sido.
Tengo un padre tan amante...
ANDRES. Ha hecho usted perfectamente.
(Y con qué frescura miente

el grandísimo tunante!)

RUFINO. (Yo los sesos me devano!
esto qué tendrá que ver
con la visita que ayer
ha traido de mi hermano?)

ROB. (Al fin encontré salida.)
Pues, doctor, con su permiso...

ANDRES. Sí señor, sí, ya es preciso
marchar á casa en seguida.

ROB. Sí, sí; me voy al momento...

ANDRES. No, que el fresco de la noche...
Yo le llevaré en mi coche.

ROB. No señor, no lo consiento.

ANDRES. Debo explicarle al papá...

ROB. (Santo Dios!)

ANDRES. Lo que ha ocurrido,
y despues de haberme oido
mi falta disculpará.
Y ántes veré el resultado
de la operacion:—¿quién sabe?
quizá no sea tan grave
como yo me he figurado.
Á veces no hay quien entienda...

ROB. Quiéralo el cielo, doctor!

ANDRES. Á ver: haga usté el favor
de alumbrar.

(Hace sentarse á Roberto, que, como recordando el pinchazo anterior, mira ántes el asiento. Don Rufino alumbra con la bujía de la palmatoria y el doctor quita la venda á Roberto.)

Fuera la venda!
Tal vez podamos lograr...

ROB. Soy dichoso! Veo! veo!

(Con exagerada y cómica alegría y tapándose con una mano el ojo izquierdo para convencerse que ve con el derecho.)

ANDRES. Cómo! Ve usted?

ROB. Ya lo creo!

ANDRES. Hombre... vamos á probar.

ROB. Veo! (Á D. Rufino.)

RUFINO. Celebro que así
usted la vista recobre.

ANDRES. (Presentando á Roberto una carta.)
Á ver qué dice este pobre
enfermo de Chamberí?

ROB. (Aterrado.) (Mi carta!)

ANDRES. Ve usted?

ROB. ¡Qué horror!
he caido en el garlito!)

ANDRES. Y á ver este billetito
que estaba en la labor!
(Mostrándole la otra carta.)

ROB. Ay! (Me mata!)

ANDRES. Al fin logré
que pudiera usted ver claro.

ROB. Es que... yo... (Levantándose muy turbado.)

RUFINO. (Qué hombre más raro!
¿No se asusta de que ve?)

ANDRES. (Otra vez, le dejo tuerto
de veras!) (Ap. á Roberto.)

ROB. (Dios bondadoso!)

ESCENA XII.

DICHOS, SOLITA, con una taza de tila.

SOLITA. Ahora está usted más nervioso.
(Presentándole la tila.)
Tome usted tila, Roberto.

ROB. (Se burlan todos de mí!)

RUFINO. (Y por qué le reconvienen?)

SOLITA. Este es el pago que tienen
los que se portan así! (Á Roberto.)

ROB. Yo juro... (La ira me abrasa!)

ANDRES. (Dándole el sombrero con mucha cortesía.)
Tome usted y hasta más ver;
cuando quiera usted volver
aquí tiene usted su casa!
(Va á salir Roberto por la primera puerta izquierda, cuando entra por ella Mercedes. Al ver á ésta y en el colmo del aturdimiento, vacila, haciendo ese movimiento de uno á otro lado que es natural

en la persona que evita el hallarse con otra á quien encuentra de frente. Mercedes le deja paso franco y él sale con rapidez.)

ESCENA ÚLTIMA.

MERCEDES, SOLITA, D. RUFINO y ANDRÉS.

ANDRES. (Abrazándola.) Mercedes!
MERC. Al fin marchó!
SOLITA. Con estas cosas me irrito!
Ay! Yo sí que necesito
la tila!
RUFINO. (Á Andrés.) Y no sabré yo?...
ANDRES. Ya lo sabrá usted, espere.
RUFINO. Bien, hombre! Vaya una idea!
(Está de Dios que yo sea
el último que se entere.)
SOLITA. Con lo que aquí le ha pasado
su curacion es segura.
(Al público.)
Y pues la habeis presenciado
decidnos el resultado
que dió LA PRIMERA CURA.

FIN DE LA COMEDIA.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
2	1	Amor y amor propio........	3	D. A. Alcon............	Mitad.
6	2	El cielo ó el suelo—d. o. v...	3	Eugenio Sellés.......	Todo.
4	3	El coronel Estéban...........	3	F. P. Echevarría....	»
4	3	Herencia forzosa—d. o. v....	3	A. Lopez Muñoz....	»
5	2	Honrar padre y madre—c. o. v	3	Juan J. Herranz....	»
3	3	La mejor conquista—c. o. v..	3	Juan J. Herranz.....	»
4	3	La primera cura.............	3	Sres. R. Carrion y Aza...	»
9	1	La Vírgen de la Lorena-d. o. v	3	D. Juan J. Herranz.....	»
3	2	Los infelices—j. o. v.........	3	Sres. Echevarría y Santivañes..........	»
8	4	No contar con la huéspeda...	3	D. A. Alcon............	Mitad.

ZARZUELAS.

2	1	¡Aquí, Leon!.......	1	Sres. P. Dom.z y Rubio.	L. y M.
»	»	Arturo di Foncarrale.........	1	D. J. Arimon..........	L.
6	3	Á sangre y fuego...........	1	Sres. P. Dom.z y Rubio.	L. y M.
3	3	Cada cosa á su tiempo........	1	Sicilia y Rubio....	L. y M.
2	2	Dos viuditas.................	1	D. I. Hernandez........	M.
		El que inventó la pólvora....	1	L. Bago y Arnedo...	L. y M.
4	2	Estudiantes y alguaciles.....	1	Mádan y Breton. ...	L. y M.
10	8	La cancion de la Lola.......	1	Sres. Vega, Valverde y Chueca..........	L. y M.
3	3	La mejor venganza...........	1	Ruesga y Rubio.	½ L y M.
3	2	La palomita....	1	D. I. Hernandez........	M.
		Las señoritas de Conil.......	1	Tomás Breton	M
8	7	Los dominós verdes....	1	Alba y Hernandez. .	L. y M.
2	1	Música clásica..............	1	Sres. Estremera y Chapí.	L. y M.
1	3	Perla......................	1	D. Juan J. Herranz.....	L.
3	2	Programa para yernos........	1	I. Hernandez.......	M.
2	2	R. R.....................	1	Sres. Barranco, Valverde y Chueca........	L. y M.
»	»	Tres tipos y un topo.........	1	Blanco y Ruiz......	L. y M.
		Ya no hay Pirineos........ .	1	P. Dominguez y Rubio	L. y M.
3	3	¡Ya somos tres!......	1	P. Dominguez y Rubio	L. y M.
		El juicio de Friné............	2	Utrilla y Serrano....	L. y M.
		El Traviato................	2	D. Antonio Almeda....	L.
		Cibeles y Neptuno.	2	Ángel Rubio...... .	½ M.
		Madrid y sus afueras.........	2	Sres. Herranz y Chapí.	½ L. y M.
		Martes 13..................	2	D. A. Rubio..........	½ M.
»	»	Tigre de mar...............	2	Sres. Arnao y Zubiaurre	L. y M.
		Verso y prosa...	2	Sres. Sta. Ana y Marqués.	M. y ½ L.
8	4	Dos huérfanas..............	3	Pina Dominguez y Chapí...........	L. y M.
8	2	El corregidor de Almagro....	3	P. Dominguez y Rubio	L. y M.
		Florinda..............	3	D. Miguel Marqués.....	M.
5	5	Heliodora ó el amor enamorado.	3	Emilio Arrieta......	M.
5	2	La abadía del Rosario.........	3	Sres. Zapata y Llanos...	L. y M.
		La guerra santa.	3	Emilio Arrieta......	M.
		Venganza de amor..........	3	José Casares.........	M.

NOTA. Ha dejado de pertenecer á esta Galería la mitad correspondiente al Sr. Fuentes del drama en un acto *Arte y corazon.*

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.